

pero ordenando que se la diera largas, para que Rusia, al creer la guerra inevitable, no creyese que estuviera tan cercana.

La orden expedida á Mr. Alquier para trasladarse á Copenhague había aterrado al príncipe real de Suecia, que no era arrogante más que aparentemente, y dióse á propalar que, acostumbrado Mr. Alquier á indisponer á su gobierno con todos los gabinetes donde residía, había desfigurado las escenas que habían pasado. No era así de manera alguna, y Mr. Alquier había dicho la verdad estricta. Pero este nuevo sueco, tan enamorado de su nueva patria y que había exigido que se transmitiera todo á Napoleón, hallábase ahora muy embarazado por lo que había dicho, pues por una imprudencia, y no por previsión, observaba tan mala conducta respecto de su país nativo. No queriendo el monarca todavía reinante que echase más á perder las relaciones con Francia, volvió á encargarse de la dirección de los negocios; pero quedando algo más recóndito el odio del príncipe imperial, vino á ser aún más peligroso. Desde este momento dió principio á sordas intrigas para que se aviniesen Inglaterra y Rusia, y obligado á explicarse con los que le habían nombrado por inclinación á Francia, salió del apuro diciendo que la desavenencia que se deploraba y deploraba él mismo, provenía de una desgracia particular de su vida, desgracia que se veía

obligado á confesar, y era haber inspirado á Napoleón ardientes celos.

Ya se comprende con cuánto desdén acogería Napoleón tales fanfarronadas: recomendó de nuevo una abstención absoluta de relaciones con el príncipe real y la continuación moderada, si bien inflexible, de las reclamaciones de Francia sobre el contrabando y la efusión de sangre de los marineros franceses.

Vuelto á París, ordenó Napoleón á sus ministros que investigaran con esmero los asuntos administrativos, de cualquiera índole que fuesen, que pudieran exigir una solución, á fin de no dejar ninguno atrasado cuando por la primavera marchara á Rusia, y se puso á despacharlos todos sin cesar de dedicar á sus aprestos militares la atención más asidua. Efectivamente su organización vigorosa podía atender tanto á lo uno como á lo otro. Desgraciadamente, por grande y prepotente que sea el genio de un hombre, hay algo que le supera, el universo que se le escapa, cuando lo quiere abarcar todo entero. Antes de seguir á Napoleón hacia el abismo donde se iba á empeñar muy pronto, conviene bosquejar los últimos sucesos que acababan de pasar en España, y cuya importancia dista mucho de ser escasa, tanto por los mismos sucesos como por su relación con el conjunto de los negocios. Esta relación será objeto del libro siguiente.

LIBRO CUADRAGÉSIMO SEGUNDO

TARRAGONA

Continuación de los sucesos de la península. — Regreso de José á Madrid y condiciones con las cuales regresa. — Estado de España; fatiga de los ánimos y posibilidad de someterlos, concediendo á José algunos socorros pecuniarios y enviándole nuevas fuerzas. — Situación crítica de Badajoz después de la batalla de la Albuera. — Prisa del mariscal Marmont, sucesor de Massena, en correr al socorro de esta plaza. — Marcha de este mariscal, su unión al mariscal Soult y salvación de Badajoz después de una vigorosa resistencia por parte de la guarnición. — Reunión de estos dos mariscales, seguida de su separación casi inmediata. — Se dirige el mariscal Soult á reprimir á las bandas *insurgentes* de Andalucía y el mariscal Marmont viene á establecerse junto al Tajo, de manera de acudir en socorro de Ciudad Rodrigo ó Badajoz según las circunstancias. — Después de fracasar lord Wellington en su empresa delante de Badajoz, se ve obligado por las enfermedades á tomar cuarteles de verano, si bien se dispone á atacar á Badajoz ó á Ciudad Rodrigo al primer falso movimiento de los ejércitos franceses. — Operaciones en Aragón y Cataluña. — Encargado el general Suchet del mando de la baja Cataluña y de parte de las fuerzas de esta provincia, se traslada delante de Tarragona. — Memorable sitio y toma de esta importante plaza. — Es elevado el general Suchet á mariscal. — Recuperación de Figueras ocupada un momento por los españoles. — Habiendo hecho lord Wellington sus aprestos para sitiar á Ciudad Rodrigo y aproximándose á esta plaza, abandona el mariscal Marmont las orillas del Tajo en septiembre, y reunido al general Dorsenne, que había reemplazado al mariscal Bessieres en Castilla, marcha sobre Ciudad Rodrigo y consigue avituallarla de nuevo. — Extremado peligro del ejército inglés. — Más unidos los dos caudillos franceses le hubieran hecho sufrir una gran derrota. — Pacífico fin del verano en España y resolución tomada por Napoleón de señorear á Valencia antes del invierno. — Partida del mariscal Suchet el 15 de septiembre y su marcha por medio del reino de Valencia. — Resistencia de Murviedro y vanos esfuerzos para tomar esta fortaleza por asalto. — Queriendo el general Blake salvar á Murviedro, llega á presentar batalla á los franceses. — Victoria de Murviedro ganada el 25 de octubre de 1811. — Rendición de Murviedro. — Aunque victorioso el mariscal Suchet, no tiene fuerzas suficientes para tomar á Valencia y pide refuerzos. — Napoleón hace convergir hacia él todas las tropas disponibles en España á las órdenes de los generales Caffarelli, Reille y Montbrún. — Embestida y toma de Valencia el 9 de enero de 1812 con el socorro de dos divisiones llevadas por el general Reille. — Inutilidad del movimiento prescrito al general Montbrún y correría de éste hasta Alicante. — Aprovechándose lord Wellington de la concentración en torno de Valencia de todas las fuerzas disponibles de los franceses, se apresura á embestir á Ciudad Rodrigo. — Toma esta plaza el 19 de enero de 1812 antes de que el mariscal Marmont haya podido socorrerla. — Injustos cargos dirigidos al mariscal Marmont. — A la sazón Napoleón, en vez de enviar nuevas tropas á España, retira de allí su guardia, los polacos, la mitad de los dragones y cierto número de cuartos batallones. — Dispone que el mariscal Marmont se traslade del Tajo al Duero, encargándole exclusivamente defender el Norte de la península contra los ingleses. — Aprovechándose lord Wellington de estas circunstancias, corre á Badajoz y toma esta plaza por asalto el 7 de abril de 1812, á pesar de una conducta heroica por parte de la guarnición. — Con Ciudad Rodrigo y Badajoz caen los dos baluartes de la frontera de España contra los ingleses. — Preparándose Napoleón á partir para Rusia, nombra al cabo á José general en jefe de todos los ejércitos de la península, dejándole fuerzas insuficientes y dispersas. — Resumen de los sucesos de España durante los años de 1810 y 1811 y los primeros meses de 1812.

Esta es la ocasión de exponer lo acaecido en España, después de la batalla indecisa de Fuentes de Oñoro y de la batalla perdida de la Albuera, dada una y otra en el mes de mayo de 1811.

El ejército de Portugal, á quien se había quitado el único jefe capaz de guiarle, el ilustre Massena, se hallaba desparramado, en un estado de miseria, de descontento y de desorganización difícil de describir, en los alrededores de la ciudad de Salamanca.

Como administrador muy solícito é inteligente se aplicó el mariscal Marmont desde su llegada á dedicarle todo su esmero; mas la evacuación de Portugal, la imposibilidad aparente de expulsar á los ingleses de la Península, aumentaba la confianza y la osadía de los *insurgentes*, hacían más indóciles á las provincias del Norte, y agravaban así las escaseces de nuestras tropas no menos que las de los habitantes. Un accidente reciente acababa por desgracia de dar bulto á semejante estado de cosas.

Con fecha 25 de mayo, el célebre Mina, sucesor de su sobrino que estaba encerrado en Vincennes, habien-

do conseguido formar una banda de tres mil hombres, que tenía el arte de trasladar alternativamente de Navarra á las Provincias Vascongadas y de las Provincias Vascongadas á Navarra, asaltó un convoy compuesto de unos mil prisioneros españoles y de unos cien carros de trigo franceses. Este convoy regresaba á Francia bajo la custodia de cuatrocientos fusileros de la joven guardia, y de ciento cincuenta hombres, entre sargentos y soldados, que formaban los cuadros del 28 de ligeros y del 65 de línea. Ya el coronel Dentzel, jefe de la escolta, había representado al general Caffarelli sobre lo insuficiente de ella; pero éste no hizo caso de sus observaciones, y el convoy partió de Vitoria con dirección á Bayona.

Mina, siempre exactamente informado, se había escondido en los bosques, á derecha é izquierda del camino de Tolosa, y cuando la columna de prisioneros y de heridos, ocupando más de una legua, había trepado la montaña que se alza á la salida de Vitoria y estaba empeñada en el desfiladero de Salinas, cayó sobre ella como un bultre, empleóse primero en soltar á los pri-

sioneros españoles, y después con su ayuda, en pasar á cuchillo á nuestros heridos y prisioneros.

Dividida en tres pelotones la escolta, uno á la cabeza, otro en el centro y otro á la cola, y asaltada á la vez por el enemigo y los prisioneros, hizo esfuerzos heroicos sin poder retener sus prisioneros ni salvar los heridos. A más de ciento cincuenta hombres de la escolta costó la vida este fatal encuentro, y muchos de nuestros heridos infelices la acabaron en el camino á manos de un feroz contrario. Si algo pudo consolarnos de esta horrible escena, fué que los prisioneros españoles, colocados entre el fuego de nuestros soldados y el de Mina, expiaron en no corto número la crueldad de su salvaje libertador.

Al ruido de la fusilería acudió el general Caffarelli con refuerzos para acometer á su vez á Mina; pero halló que los prisioneros españoles estaban libres, nuestros heridos y enfermos degollados y Mina en fuga. En lugar de acusarse á sí propio, y á nadie más, acusó á aquellos valientes, que acababan de sostener una lucha desesperada, y que, á prestarle crédito, no habían adquirido nuevos informes. ¡Y sin embargo, el general Caffarelli era un hombre de bien, digno de su ilustre hermano! Mas esto ofrecía un ejemplo más entre mil del estado de lastimosa confusión á que todo había llegado en España.

En Madrid, la ausencia del rey, á quien ya no se esperaba ver nunca, la miseria de los empleados, la carestía de las subsistencias arrebatadas á las mismas puertas de la capital por las guerrillas, la fatiga, la desnudez, la diseminación del ejército del centro, consumiéndose en correr de Guadalajara á Talavera, de Segovia á Toledo, sin lograr proteger las comunicaciones, llevaban el desaliento y la desesperación hasta el corazón del reino.

No presentaban mejor semblante los negocios en Extremadura y Andalucía. Después de la batalla de la Albuera, dada para salvar á Badajoz, se había retirado el mariscal Soult á Llerena y estableciéndose sobre la pendiente de las montañas que separan á Andalucía de Extremadura. Desde estas alturas imponía á los ingleses con su presencia, daba á los infelices sitiados todo el apoyo moral que estaba á su alcance y pedía con instancia y con fundamento que se acudiera en su socorro. Aun cuando no hubiera prestado oídos á la voz de Massena el año precedente, convenía que á la sazón se escuchara la suya y se le ayudara siquiera por la guarnición bizarra que defendía á Badajoz, y que, rodeada de murallas derruidas por el fuego del enemigo, había precipitado muchas veces á los ingleses al pie de las brechas por donde se lanzaban al asalto. Si no llegaba el socorro pedido, si olvidado de sus agravios no bajaba el ejército de Portugal prontamente sobre el Guadiana, á pesar de las dificultades que oponía el calor á la marcha de las tropas, Badajoz iba á sucumbir y el poderoso ejército de Andalucía, partido de Madrid el año anterior en número de ochenta mil hombres y ya muy mermado, iba á ver cómo se le arrebatara el trofeo que había obtenido por única recompensa de su sufrimiento y bazaría.

Aunque menos peligrosa, era harto triste la situación de Andalucía. El sitio de Cádiz, que hubiera debido ser la única ocupación del ejército invasor de aquel te-

ritorio, mientras el sitio de Badajoz, imaginado por el mariscal Soult para dispensarse de ir á Portugal no había hecho más que dividir sus fuerzas y crearlas inútiles peligros, no avanzaba poco ni mucho. Reducido el mariscal Víctor de tres á dos divisiones, solo tenía doce mil hombres que presentar en batalla y apenas podía guardar sus líneas, lejos de hacer el menor progreso. Delante de la isla de León perseveraba con la escuadrilla que había creado y los morteros de grueso calibre que había fundido, sin marineros para tripular la una, ni municiones para hacer uso de los otros. Humillado y descontento del papel á que le había destinado el mariscal Soult, pedía ser relevado inmediatamente por único premio de sus servicios en España. No eran menos incómodos los *insurgentes* de Ronda para el general Sebastiani, siempre ocupado en mantenerse en Granada contra los ingleses por una parte y contra las tropas de Murcia y Valencia por otra. Este general, administrador moderado y prudente, era denunciado por el mariscal Soult como inhábil para gobernar la provincia de Granada, aun rigiéndola mejor que el mariscal la Andalucía, y solicitaba que se le relevase con instancias no menos vivas que las del duque de Bellune.

Sólo una provincia, como ya hemos dicho, sólo un ejército se hallaban en estado satisfactorio, y eran la provincia y el ejército de Aragón bajo el mando del general Suchet. Hábil era y no menos afortunado, pues existencias hay en que cierta prudencia parece atraer cierta ventura. Bueno es recordar que había tomado sucesivamente á Lérida, Mequinenza, Tortosa, y hecho reinar el orden y la buena administración en su provincia, que, por otra especie de buena fortuna, no era cruzada por los ejércitos franceses, á quienes no servía de camino, ni estaba amenazada por los ingleses, de quienes no era blanco; de modo que blasonaba casi de feliz en medio de las horrosas convulsiones de España, y casi amaba á su vencedor en medio de los odios desencadenados contra los franceses.

Donde el general Suchet encontraba serias dificultades era en las fronteras del país puesto á su cargo. Sin cesar se veía asaltado por las guerrillas en el límite de los territorios de Valencia, de Guadalajara, de Soria, de Navarra, de Cataluña. Villacampa cerca de Calatayud, el Empeinado hacia Guadalajara, Mina en Navarra, y los miqueletes en la frontera de Cataluña, no consentían día de reposo á sus tropas. Pero este afortunado general mandaba á lugartenientes y soldados dignos de él y no tenía escaramuza con las guerrillas que no le proporcionara un pequeño triunfo.

Al revés en Cataluña, se hallaba en combustión todo: apoyados y excitados los miqueletes por el ejército español de Cataluña, que tenía su base en Tarragona, desolaban esta provincia. No había desfiladero donde no aguardaran á los convoyes para atacar á las escoltas harto débiles, arrancarles los prisioneros, pasar á cuchillo entre sus brazos á los enfermos y los heridos, y arrebatárles los víveres que tenían encargo de introducir en las plazas, y especialmente en Barcelona. Mientras los miqueletes hacían los caminos del interior impracticables, las escuadrillas inglesas hacían no menos peligrosos los que se extendían á lo largo de la costa. Con trabajo se sustentaba Barcelona, donde era preciso mantener á la guarnición y á los habitantes, sin embargo

de que un ejército entero, el del mariscal Macdonald, se hallaba exclusivamente dedicado á abastecerla y de que se aventuraran muchas expediciones marítimas para proveerla por mar de víveres y municiones. Generalmente entraba allí poco más ó menos la sexta parte de lo que se le destinaba. El general Maurice Mathieu, que era su gobernador, desplegaba tanta inteligencia como energía para sostenerse en situación tan azarosa y para intimidar á los habitantes sin desesperarlos. Recientemente acababa de hallarse en un gran peligro, del cual escapó con harta fortuna. Se descubrió que en el seno de la ciudad se urdía una trama por los enemigos de dentro para entregarla á los enemigos de fuera. Informado el general oportunamente, fingió no estarlo, dejó á los conjurados avanzar sin infundirles recelo alguno, y sacudiendo después este sueño simulado, hizo en los asaltadores de fuera una verdadera carnicería y en los conjurados de dentro una justicia severa. Este acto vigoroso, unido á una administración íntegra y firme, hacía que inspirara temor y respeto; pero escribía que era imposible mantener aún por largo tiempo una población tan numerosa en semejantes estrecheces.

Hallando el ejército catalán en Tarragona una sólida base, víveres, municiones, socorros de toda especie suministrados por la marina inglesa, y en caso de necesidad refugio seguro, osaba á veces trasladarse desde la orilla del mar, donde se halla situada Tarragona, hasta la falda de los Pirineos, y con gran asombro de todo el mundo, llegaba á introducir socorros en el importante castillo de Figueras, que nos había arrebatado una traición, según se ha explicado. Aprovechando el momento en que los franceses, á las órdenes del general Baraguey d'Hilliers, no habían tenido aún tiempo de llevar bastante tropa delante de la fortaleza, para empezar el sitio, Campoverde rompió por medio de nuestra débil línea de bloqueo, é introdujo socorro de víveres y hombres en el castillo con grande aplauso de toda Cataluña.

Ya hemos dicho cuál era en medio de todas estas miserias la situación de nuestros oficiales y nuestras tropas, padeciendo males mayores que los que causaban á sus enemigos, á veces impulsados á lamentables excesos en vista de las crueldades cometidas entre sus camaradas, pero siempre los menos inhumanos de todas las gentes de guerra de todas las naciones que atacaban ó defendían á la península. Cuando los soldados se podían proporcionar algunos granos y algún ganado en aquellos campos que habían quedado incultos ó despoblados; cuando se habilitaban algún calzado con la piel de los animales de que se habían mantenido, ya estaban satisfechos. Al revés los oficiales, habituados y obligados á vivir de otra manera, para sostener el decoro de su categoría, soportaban crueles sufrimientos de cuerpo y de alma. Faltos de paga, no tenían botas para sus pies.

Concediendo Napoleón para los sueldos cuatro millones mensuales, esto es, cuarenta y ocho millones de francos al año, y dejando al país el cuidado de suministrar pan, carne, arroz, creía haber hecho lo suficiente. Pero solamente los sueldos hubieran exigido ciento sesenta y cinco millones para 1810 y 1811, es decir, más de ochenta millones al año en vez de cuarenta y ocho; de las sumas debidas había enviado veinticinco

millones en 1810, cuarenta y ocho en 1811, ó lo que es lo mismo, sesenta y siete millones en vez de ciento sesenta y cinco. Lo demás, que sumaba ochenta y ocho millones, ó había quedado sin pagar, ó se había sacado del país por medio de los gobiernos militares: de los sesenta y siete millones remitidos por Napoleón, parte habían sido saqueados en el camino, parte dedicados á compras urgentes ó á reparos indispensables de artillería y parte había quedado también en ciertos depósitos. Casi nada había recibido el ejército de Andalucía: sin embargo, se hallaban en un país rico, y si el mariscal Soult hubiera administrado como el general Suchet, no hubiera carecido de nada. Relativamente al ejército de Portugal, condenado á hacer la guerra en los pedregosos campos de aquel país ó de Salamanca, se hallaba privado de las cosas más necesarias para la vida.

Lástima daba ver á los oficiales, y sufrían casi sin esperanzas de resarcimiento, pues por un lado el emperador estaba lejos, y por otro no tenían para con él otros títulos que reveses, á pesar de haberse portado de manera propia á obtener las más señaladas victorias. Véase después de las esperanzas concebidas en 1810, después de dos años de nuevas lides, después de doscientos mil hombres de refuerzo enviados al celebrarse la paz de Viena, después de comprometidos tantos ilustres renombres, los de Massena, de Ney, de Jourdan, de Augereau, de Soult, de Víctor, de Saint-Cyr, véase el estado en que se hallaba la conquista de España.

¿Era acaso invencible esta funesta comarca, según el mérito que le atribuye una tradición antigua, según se complace en suponerlo su legítimo orgullo, según la opinión divulgada por todas partes desde la gran invasión tentada por Napoleón? No lo creían así jueces excelentes como Saint-Cyr, Jourdan y el mismo José, teniendo horror á la guerra de España y habiéndola visto de cerca; antes bien juzgaban que se hubiera podido triunfar con medios más completos, con más paciencia y más perseverancia: sin duda se hacía mucho más de lo que se hubiera necesitado para un objeto que no fuera el principal de la política imperial, pero en todas partes quedaban sin efecto los grandes medios empleados por falta del complemento indispensable. El ejército de Portugal por falta de cuarenta mil hombres de refuerzo y de algunos millones para equiparse y mantenerse, el ejército de Andalucía por falta de veinticinco mil hombres, de marineros, de municiones y de una escuadra que se hallaba en Tolón ociosa, la corte de Madrid por falta de algunos millones para pagar á sus empleados y á los españoles adheridos á su servicio, los ejércitos del Norte por falta de unos veinte mil hombres y de algunos millones para crearse almacenes, conseguían llegar á la impotencia y la desventura. En suma, cerca de cuatrocientos mil hombres venían á ser inútiles por falta de otros cien mil y cien millones. En todas las cosas los mayores sacrificios resultan estériles sin el último que debe completarlos. Seguramente era cruel imponerse tales sacrificios para España; ¿mas por qué haberse allí comprometido? ¿No valía más proporcionarle otros cien mil hombres que preparar quinientos mil para Rusia?

Sin duda para que los cien mil hombres que se trataba de añadir ahora fueran inútiles como los cuatrocientos mil ya enviados, no era razón que se hicieran

más sacrificios, pero se notaban con facilidad en varias provincias síntomas de un cansancio de que se debiera sacar provecho. Violento, unánime y legítimo había sido el sentimiento que sublevó á la España toda: sin embargo, después de cuatro años de guerra, á la vista de tanta sangre y de tantas ruinas, ¿no era posible que se preguntara la nación por qué y por quién sufrían tantos males? Efectivamente, apenas renaciera en alguna parte un poco de calma y dejara lugar á la reflexión como en Zaragoza, por ejemplo, en Madrid, en Sevilla y en algunas otras grandes ciudades, se convendría en que los príncipes por quienes se lidiaba eran muy poco dignos de la adhesión que se les tenía y en que en esta ilustre y augusta familia de Borbones la rama de España era la verdaderamente degenerada, la que merecía ser entregada al hierro destructor del tiempo, porque el principal descendiente de Felipe V, el honrado é inepto Carlos IV, vivía en Marsella entre el príncipe de la Paz y su mujer María Luisa, tan esclavo de ambos como cuando ocupaba el trono; su primogénito, preso en Valencey, demandaba todos los días al conquistador, que le había destronado, la concesión de la mano de una princesa de la familia de los Bonapartes, y de miedo de que le comprometieran los que intentaban libertarle, les denunciaba á la policía imperial; y finalmente, entre todos, ni un solo vástago varón ó hembra pensaba en alargar la mano á la heroica nación cuya sangre corría abundantemente por la causa de ellos.

Las cortes de Cádiz, después de proclamar algunos principios irrefutables, si bien harto precoces para España, habían venido á parar á cierta especie de anarquía; vivían dentro de Cádiz en la miseria, la discordia y las eternas disputas con los ingleses. Todas estas cosas las sabía España y las avaloraba tan luego como el cañón se alejaba un poco de sus oídos. En contraposición, José era á los ojos de cuantos podían acercarse un príncipe afable, ilustrado, representante moderado de la revolución francesa, que prometía y hacía esperar un gobierno prudentemente reformador. Era un príncipe nuevo, usurpador si se quiere, impuesto por otro usurpador; pero ¿no era tradición histórica en España que el país fuera regenerado por dinastías extranjeras? ¿No había llegado Felipe V á rejuvenecer la España, reemplazando á los degenerados descendientes de Carlos V? Y el mismo Carlos V, aunque legítimo sucesor de la corona, ¿no había sido un príncipe extranjero, portador de la brillante civilización de Flandes á España, donde de Fernando é Isabel no quedaba más que Juana la Loca? ¿No se podían concebir de José esperanzas semejantes? En Madrid, donde se le veía de cerca, se había acabado por estimarle y por aplacarse respecto de él algún tanto. En Aragón, donde el general Suchet estaba por representante del nuevo gobierno, se adquiría la costumbre de pensar bien del mismo y de decir que, á no ser por la guerra, valía más que el de la Inquisición, del príncipe de la Paz y María Luisa. Solamente la guerra inacabable, la miseria, los incendios, los saqueos, la idea generalmente divulgada de que si Napoleón no tomaba la España toda, tomaría al menos las provincias del Ebro, sublevaba á los españoles más templados. Pero fácil era descubrir en Madrid y en torno de este centro que si José hubiera podido pagar á sus empleados, asalariar su ejército,

mantenerle de sus propios almacenes y no á costa del país, sostener el orden y la disciplina como en Aragón, alcanzar de Napoleón y de los generales los respetos debidos á todo soberano é indispensables en una nación tan altiva como la española, si más que todo se hubiera podido desvanecer el temor de ver segregarse de la España las provincias del Ebro, se hubiera llegado á conseguir un principio de sumisión. Este sentimiento producido en la capital, donde se manifestaba siempre que iban menos mal las cosas, se hubiera comunicado á las grandes ciudades, donde ya se insinuaba de vez en cuando; y es digno de nota que los soldados españoles, que al principio desertaban inmediatamente si se les alistaba al servicio de José, empezaban, fuese por cansancio ó por rivalidad con los guerrilleros, á mostrarse fieles con tal de que se cuidara de pagarlos. José contaba cuatro ó cinco mil que servían bien y perseveraban en las filas mediante la puntualidad de la paga. Evidentemente con dinero se hubieran podido reunir veinte ó treinta mil y cuantos se hubieran querido, y hubieran llegado á ser excelentes tropas en la escuela de los franceses. Hasta los guerrilleros, verdaderos bandidos, que no deseaban más que el pillaje, se dejaban atraer poco á poco con el cebo del salario. Amnistiados habían sido cierto número de ellos en la Mancha, alrededor de Toledo y hacia Guadalajara, y se habían sometido y hasta ingresado en el servicio del nuevo monarca.

Sin duda estos síntomas favorables no se notaban cerca de los focos de insurrección, donde las pasiones eran vivas y persistentes, donde los ingleses excitaban y sostenían los sentimientos hostiles á Francia, donde se mantenían en todo su fervor las esperanzas de triunfo, donde era lucrativo el pillaje; pero en los demás puntos acontecía de muy distinto modo, y aunque la situación de los franceses en la península era difícil por extremo, es la verdad que el cansancio, muy grande en las clases acomodadas, inmenso entre los que vivían de sus manos, la carencia de un objeto razonable, pues no lo era la restauración de los Borbones de Marsella ó de Valencey, iban á decidir sobre la sumisión de los españoles, si se tentaba un nuevo y último esfuerzo, si ante todo se expulsaba á los ingleses, si se dedicaban á este fin esencial las fuerzas necesarias, si se tomaban Lisboa y Cádiz, que podían ser tomadas, si se pugnaba por reprimir á los guerrilleros sin imitar sus destrozos, si á las fuerzas existentes se agregaban las que se requerían para estos distintos objetos, si se hacían por cuenta propia los gastos de su sostenimiento, si se ahorraban de esta suerte al país las principales miserias de la guerra, por último si se añadía á estos medios una dirección superior, imposible desde lejos, lo cual equivale á decir que si se hubieran destinado á España, no la mitad, sino casi todos los recursos del imperio, y viniera el emperador en persona, casi es cierto que se alcanzara el triunfo. Con parte de lo que se preparaba á fin de penetrar en Rusia hubiera bastado para zanjar victoriosamente la cuestión que se había suscitado al invadir la España. ¡Y cabalmente á esto no quería el emperador decidirse! «España, escribía á José, me devoraría si no me fuera muy á la mano.» ¡Frases de inconsecuencia deplorable y que pronto había de producir funestas resultas! Ya lo hemos dicho: puesto que Napoleón había cometido el error de trasladar la cuestión europea

á España, menester era resolverla donde la había planeado y no buscar la resolución en otra parte. Ya que, favoreciéndole aún la fortuna en sus errores, como si quisiera consentirle espacio para enmendarlos, le llevaba los ingleses al continente, los ingleses á quienes no podía dar caza en los mares, á toda costa convenía vencerlos en el elemento donde dominábamos, pues vencidos ellos, se rindiera también todo el mundo. Pero tenerlos al alcance de nuestros ejércitos y no batirlos, y antes bien dejarse batir por ellos, equivalía á renunciar voluntariamente el prestigio de nuestra invencibilidad en tierra, é inspirar al continente el pensamiento de vencernos, resucitando la esperanza de conseguirlo. Expulsar por un grande esfuerzo militar á los ingleses, juzgar á los españoles á fuerza de perseverancia y dulzura, era la doble tarea impuesta desde el atentado de Bayona, y cuya consumación hubiera producido el fin, no sólo de los asuntos de España, sino de los asuntos europeos (á lo menos en lo que hay finito para las dominaciones exorbitantes); y desviarse de esta tarea obligada, por disgusto de las dificultades, por disgusto especialmente de las lentitudes de esta guerra para ir á buscar á otros lugares una solución de las más aventuradas, sólo con la mitad de las fuerzas, dejando la otra mitad en España sin hacer otra cosa de provecho, es una falta que por dondequiera se echa de ver en esta historia, y que no se puede prescindir de señalar de continuo, porque persigue al espíritu con la tenacidad y la amargura de un remordimiento horroroso.

Cuando arrastrado á la desesperación abandonó José á Madrid para ir á solicitar de Napoleón otra dirección para los negocios españoles ó permiso para retirarse á la vida privada, tanto en Madrid, como en Valladolid, Burgos y Vitoria se le presentaron muchos hombres honrados y le hablaron de esta manera: «Ya veis lo que sufrimos y juzgad si con tal régimen se puede esperar atraernos. Somos saqueados, incendiados, asesinados á menudo por vuestros soldados y por los que se dicen nuestros; así nuestras haciendas y nuestras vidas están á merced de bandidos de todas las naciones. Nada esperamos del gobierno anárquico de Cádiz, del gobierno corrompido de Fernando, y nos resignaríamos á recibirlo todo del vuestro. Pero privados quizá para siempre de nuestras colonias, estamos amenazados además de perder nuestras provincias del Ebro, y no se quiere hacer honrosa nuestra adhesión á vuestra persona. Se os desprecia, se os insulta públicamente al par que se trabaja por haceros nuestro monarca. ¿Cómo queréis que nos sometamos? Vuestros empleados, escarnecidos por los generales, casi muertos de hambre, se ven reducidos á alimentarse con la ración del soldado, ¿cómo han de poder gozar de la consideración más pequeña? Vais á París, transmitid nuestras palabras al emperador. Vuestro viaje se interpreta de dos maneras: por vuestros enemigos, como la hora en que se va á descerrar el velo, en que España va á ser declarada provincia francesa al modo que Lubeck, Hamburgo, Florencia y Roma; por vuestros amigos, todavía escasos, como un recurso al genio superior de vuestro hermano para informarle de lo que ignora, quizá para traerle acá y para que se arregle todo con su presencia. Procurad que esta última suposición se realice. Corred á París, hablad, haced oír la verdad, insistid en traer algunas nuevas

fuerzas, venid con la autoridad para vos, y para nosotros con la declaración tranquilizadora de la integridad de nuestro territorio; traed medios de disciplina, esto es, con qué pagar á vuestras tropas y á las nuestras, y estad seguro de que si esto cuesta dinero á Francia, pronto España satisfará con usura cuanto se le anticipe. Propicia es la ocasión, porque á pesar de vuestras aparentes derrotas, á pesar de los momentáneos triunfos de vuestros enemigos, la laxitud es general y se puede convertir de sumisión en desesperación, desesperación que será terrible para quien la haya provocado.»

Estas palabras, pronunciadas por bocas honradas y fidedignas fueron llevadas á París por José, que yendo á Francia al bautizo del rey de Roma, pasó allí los meses de mayo, de junio y de julio. Por desgracia, aun teniendo razón José, no le faltaban debilidades, excusables sin duda, pero suficientes para quitarle á los ojos de Napoleón la autoridad de que hubiera necesitado. Según ya lo hemos dicho, era bueno, juicioso, honrado, pero indolente, amigo de los placeres, de gastos y de aduladores (en lo cual no se diferencian los reyes modernos de los antiguos), persuadido hasta lo infinito de sus talentos militares y muy celoso de su autoridad. Cortos defectos eran estos sin duda; pero cuando llegó á decir que necesitaba dinero, mucho más aún que soldados franceses, porque con españoles bien pagados conquistaría á España y se haría adorar en ella; que, sin embargo, necesitaba también soldados franceses, sobre todo contra los ingleses; que le hacía también falta más poder y con especialidad el mando superior de los ejércitos, para refrenar los desmanes y obtener el respeto debido á su calidad de monarca; estas cosas, verdaderas en mucha parte, pero sospechosas en boca suya, fueron tan mal acogidas que hubo necesidad de un mediador para impedir escenas lamentables entre los dos hermanos. Fué elegido con este fin el príncipe Berthier, como mayor general de los ejércitos de España, y por cierto que no se podía encontrar uno más juicioso, más discreto y mejor informado de todo. Por desgracia no tenía tanta influencia como razón, y si era incapaz de hacer traición á la verdad, no era bastante atrevido para decirla por entero. Además Napoleón se hallaba exasperado á la sazón contra sus hermanos. Recientemente Luis había arrojado á sus pies la corona de Holanda; Jerónimo, que había recibido el Hannover como aditamento á la Westfalia, á condición de sopor-tar ciertas cargas, no había satisfecho sus compromisos, y había sido castigado con la segregación de parte de Hannover; Murat, bueno, aunque ligero y bullicioso, excitado por su viva y ambiciosa esposa, había desagradado cruelmente, gastando de una manera enorme y desatendiendo su marina. Además se le acusaba de haber parlamentado bajo diferentes pretextos con los ingleses á lo largo de las costas de sus dominios. Napoleón irritóse hasta el punto de enviar instrucciones reservadas al general Grenier para que siempre tuviera en Nápoles fijos los ojos y se encaminara allí con el cuerpo de reserva que tenía bajo su mando. Por último, ya se han visto los arrebatos inspirados á Napoleón por las semitraiciones del cardenal Fesch. Llegaba, pues, el infeliz José inoportunistamente para expresar en tales circunstancias verdades enojosas. Napoleón había hecho que le dijeran que si quería abdicar á semejanza,